

La Educación, primera prioridad

Este mes cumple un siglo el Ministerio de Educación (creado como Ministerio de Instrucción Pública el 24 de mayo de 1881). Todavía no hace un año que se aprobó la Ley Orgánica de Educación. Se está preparando la nueva Ley de Educación Superior. Acaba de aprobarse el VI Plan de la Nación que repite que la Educación es la primera prioridad de este gobierno.

Pero más allá de estas coyunturas, más o menos externas al problema de fondo, hay un sentir nacional de que los problemas educativos son tan graves y tan complejos que desbordan la capacidad de las instituciones encargadas de atenderlos. Ni la rutina ni la "administración por crisis" pueden resolver las crisis profundas.

No recordamos que nadie haya expresado su desacuerdo con la pretensión proclamada por este gobierno de hacer de la Educación la primera prioridad. Sin embargo, se hace difícil esperar del VI Plan (ver. p. 200 de este mismo número) que esa proclamación se convierta en prioridad efectiva. Nuestra democracia se concertó —antes de poner de moda esta expresión— para aprobar la Ley Orgánica de Educación y se liberó de complejos perezjimenistas después de deshojar la margarita durante 14 años. Sin embargo, una ley de consagración orgánica de lo establecido y de concertación de intereses (ver p. 203) difícilmente puede instrumentar el proyecto político que Venezuela necesita para la década de los 80.

No se trata de tomar una postura cómodamente crítica ante la Ley y el Plan. La dificultad de un proyecto educativo está enraizada en la crisis de un proyecto nacional.

PROYECTO EDUCATIVO Y PROYECTO SOCIAL

Cuando un país se asume a sí mismo en plenitud de autoconciencia, inicia un proceso revolucionario. En esos momentos —es una constatación histórica— la Educación se convierte realmente en primera prioridad.

Sin necesidad de recurrir a casos tan evidentes como las revoluciones cubana y nicaragüense, en nuestra propia historia se pueden señalar tres momentos en los que más claramente aparece un proyecto nacional. Y en los tres momentos el proyecto educativo aparece en el núcleo del proyecto nacional.

En primer lugar, el momento de la Independencia. Ciertamente, mientras la Independencia era un proyecto mantuano que sólo pretendía suplantarse a los amos españoles, la educación tenía una importancia muy secundaria. Y cuando de nuevo ese mismo grupo social —la oligarquía conservadora— se apropió de la Independencia, las realizaciones educativas fueron muy escasas, a pesar de algunas personalidades excepcionales como Vargas, Cajigal, Acosta, Toro. Pero cuando el proyecto independentista fue un verdadero proyecto nacional con la incorporación de todas las capas sociales y bajo el liderazgo indiscutible de Bolívar (1919-27), la educación popular se convirtió en el "cuidado primogénito".

El segundo momento que vivió el país con conciencia de un proyecto nacional fue el de Guzmán. No fue un empeño voluntarista de un caudillo terco. Confluyen las exigencias de la expansión de la segunda revolución industrial, la consolidación de la conciencia nacional con una fuerte autoridad central, las ideas positivistas difundidas por Ernst y Villavicencio, las ideas educativas de Sarmiento que recorrían optimistas por todo el continente... Las múltiples realizaciones educativas —jurídicas y efectivas— confirman que Guzmán tomaba muy en serio que la educación popular era realmente "la garantía más sólida de nuestras instituciones, condición indispensable del bienestar social y palanca poderosa del progreso".

El tercer momento en el que el país ha vivido más claramente su autoconciencia es en el despertar a la modernidad tras la muerte de Gómez. En el proyecto acciondemocratista la Educación va más allá de ser un objeto prioritario de su atención; es concebida como el sujeto social prioritario de su aplicación y de su difusión masiva. Mirando superficialmente se trataría de llevar a la práctica el decreto guzmancista sobre la educación universal y gratuita. Sin embargo, el propósito es diverso: no se trata ya de despotismo ilustrado. La proposición del Estado Docente se inscribe en el proyecto del Partido del Pueblo y en la convocatoria a las primeras elecciones universales y libres de la historia venezolana. Se trata de convertir al pueblo en sujeto activo y responsable de su historia.

En esta coyuntura aparece otro proyecto educativo, el de la educación católica, fundamentado en unos principios filosóficos y cuya expresión política en Venezuela la capitaliza COPEI. La resistencia de este proyecto significaría la resistencia de una instancia privada y elitista a perder su monopolio y control educativo. Significado que no impide que se reconozcan los logros y la calidad alcanzados por esta educación, ni la justeza de algunos de sus reclamos

frente al sectarismo mostrado por AD en esa pugna.

Estos dos proyectos educativos, ligados a posiciones políticas en disputa, se perciben inicialmente como irreconciliables. En efecto, lo fueron mientras se mantuvieron nucleados en torno a sus bases sociales de origen (el pueblo y la clase media, respectivamente), y en torno a sus proposiciones primitivas (modernización antiimperialista, anti-oligárquica y antiburguesa; y modernización europeizante y sin secularización, inspirada en la naciente Doctrina Social de la Iglesia). Pero, determinaron por ser simplemente competitivos cuando A.D. renuncia a la transformación de la actual correlación de clases y a su anticlericalismo intransigente y COPEI se enraiza en el pueblo venido a las ciudades.

Estos dos proyectos educativos que terminan confluyendo en un mismo proyecto político adecopeyano, tiene realizaciones innegables. Pero, hoy el proyecto aparece degradado como proyecto. Ha perdido su capacidad de entusiasmar. La inercia y el pragmatismo han sustituido al carisma. Los intereses parciales han suplantado los ideales. No es sólo una crisis moral. Precisamente esa crisis moral es la expresión de un proyecto agotado. He ahí el fondo del problema.

El proyecto funcionó mientras la educación fue un canal eficaz de ascenso social. Y lo fue: la demanda educativa provocó una oferta de educación masiva. La burguesía naciente no tenía suficientes efectivos para reproducirse a sí misma y necesitó reclutar a muchos elementos del pueblo, algunos de los cuales han venido a constituirse en sus más genuinos representantes. Lo mismo ocurrió con el aparato administrativo, profesional y gerencial, y, desde luego, con la política, campo por excelencia del pueblo promovido. De aquí surgió el apelativo de Doctor como símbolo de la Venezuela modernizada a través de la educación, inscrita en un proyecto burgués. Este proceso se ha generalizado hasta el punto de que ya hoy apenas es concebible el ascenso social sin una base educativa, pero también, apenas pueda decirse que ésta sea, sin más, suficiente para ascender. Es cierto que el proceso aún se mantiene en ciertas ramas de la educación superior. Pero ya ha perdido el impulso. Y un reflejo de esta situación sería el abandono del campo educativo por parte de los mejores docentes, el desinterés de los alumnos y la esclerosis del aparato burocrático.

El proyecto nacional ya dio de sí y con él, el educativo. Ya no es capaz ni de autosostenerse. Mucho menos de redimensionarse para responder a los requisitos del país.

HACIA UN NUEVO PROYECTO

¿Existe realmente un proyecto alternativo? Un proyecto social no es realmente tal por la sola coherencia teórica de un modelo propuesto; menos aún por la sola negación sistemática del modelo vigente; ni siquiera por las dos cosas juntas.

Por otra parte, un proyecto social es más que un proyecto político. Y, sobre todo, más que un proyecto partidista. Y mientras no tenga viabilidad social no pasa de ser una proposición teórica.

En Venezuela no está dada todavía esa viabilidad social de un nuevo proyecto. Tal vez la tarea nacional más importante será la de posibilitar esa viabilidad. Y es innegable la importancia de la Educación para hacer viable un proyecto nacional.

Un proyecto educativo no puede ser neutro, al servicio, por igual, de diferentes proyectos sociales. Un proyecto educativo está determinado y conformado por el proyecto social. Esta constatación, al parecer, es la excusa para que muchos que se consideran promotores de un proyecto socialista se ahorren la tarea de ir construyendo un proyecto educativo y reduzcan su promoción del socialismo al juego de la lucha por el poder dentro del patio que el sistema tiene reservado para ellos. La posibilitación de un proyecto socialista tiene que recorrer necesariamente caminos ambiguos y ambivalentes de ir enfrentando y resolviendo hoy los problemas fundamentales.

Esto implica que los docentes de izquierda, (numerosos y no pocas veces con buenas dosis de mística y no escasa preparación) deberían tomar más en serio la especificidad educativa y no caer en la tentación de utilizar la educación como mera plataforma para la lucha política. La tarea que se les reclama es la de transformar la educación para que deje de ser ideología encubridora de la realidad que vive el pueblo y se dedique a la tarea de comprenderla y responder a sus retos a partir de los intereses de las mayorías. Siendo conscientes, por otra parte, de los límites que entraña la educación (el relativo margen de autonomía de esta formación ideológica) y no empeñándose estérilmente en traspasarlos.

Cualquiera que sea el proyecto educativo que prevalezca, su legitimación social se fundamentará únicamente en la capacidad demostrada de asumir y resolver los problemas fundamentales del país. No pensamos que esto hoy sea posible en Venezuela sino desde la perspectiva de las clases populares.